

La dama de la sombrilla.

Se miraba en el espejo, cuidando cada detalle de su apariencia. El tocado debía combinar con la sombrilla, la cartera con los zapatos. El vestido debía estar de acuerdo al clima, aunque ella prefería sus trajes de gasa ajustados a la cintura, sin importar la estación del año.

Maquillaba su rostro con el esmero de una emperatriz, resaltando los labios con el color rojo, que le gustaba tanto.

_ Lo que no dice la mirada, lo comunican los labios_, se decía a sí misma, en una especie de susurro que sólo ella escuchaba.

Adoraba este rito de arreglarse, de mirarse en el espejo y estirar sus prendas añosas, cuando decidía salir por esa puerta que sujetaba sus sueños y escondía sus miserias. Planchaba con sus manos los pliegues que el tiempo había dibujado en sus prendas y con un desplante casi infantil danzaba frente al espejo, ensayando cada movimiento que haría una vez que el sol iluminara su rostro y le indicara por dónde la llevarían sus pasos ese día.

A veces se arrepentía y después de todos los preparativos una sombra gris le atrapaba sus deseos y no era capaz de atravesar ni siquiera la cortina que separaba su pieza del resto de la casa y se quedaba sentada en su cama con todas las ropas que no fueron elegidas en el suelo, los frascos de perfume desordenados, los collares y anillos quedaban tirados sobre la mesa de noche, mudos y abandonados como ella.

Así se quedaba horas, mirando el vacío sin siquiera secar las lágrimas que negaban a quedarse escondidas en su alma y se atrevían a salir, aunque fuera para caer en sus manos cruzadas y sobre los vestidos que ya habían perdido su color original.

Sin embargo, en otras ocasiones la decisión era más grande que los temores y salía a pasear por las calles del pueblo que la amparaba. Irremediamente sus pasos la llevaban juguetonamente a la avenida que daba frente al mar, allí se confundía con la gente o las arenas solitarias. Cuando era tiempo estival, abría su sombrilla y caminaba sin fijar la vista en nadie y a la vez mirando a todos quienes se cruzaban con ella, su sonrisa, además de iluminar su rostro, rompía las miradas curiosas o burlonas de los transeúntes.

En tiempos vacíos de visitantes era la dueña de los espacios, el viento jugaba con sus polleras, intentando arrancarle el sombrero y desnudar su cabello que insistía en parecer rubio, todo su recorrido entonces era un coqueteo placentero con el viento marino, mientras la arena acariciaba sus pies, ella sujetaba el sombrero con una mano y sus zapatos con la otra.

Parecía sacada de un cuadro de Renoir y todo el paisaje pasaba a ser parte de una obra impresionista, porque ella trasladaba -con su sola presencia- la realidad a su propio mundo.

En ocasiones la dama de la sombrilla se sentaba bajo el amparo de un árbol y se quedaba por horas mirando la lejanía del mar, sin hacer más movimiento que el de echarse aire con el abanico que sacaba de su cartera.

En más de alguna oportunidad esperaba ansiosa la llegada del último crucero del día, ese que la llevaría más allá de la orilla para ver la puesta de sol a mar abierto, porque, por la geografía del lugar, el sol siempre se escondía detrás de los cerros y no se podía apreciar el esplendor de esa hora milagrosa desde la playa.

Agitaba sus brazos para avisar al capitán que ella estaba esperando, subía por el terraplén sin perder la aristocracia de sus gestos, ayudada por los edecanes que daban la bienvenida a los pasajeros. Se sentaba a la orilla de la embarcación para observar todo lo que su mirada quería ver, nuevamente levantaba su mano derecha y se despedía de la gente que se juntaba para ver partir a sus familiares, a medida que se alejaba la barca su manito parecía un pañuelo de seda al viento, hasta que se perdía en la lejanía del suave vaivén de las olas y la nave se transformaba en una sola cosa con sus tripulantes, recortando el húmedo horizonte.

Ella sentía cómo su corazón latía detrás de las sedas de su vestido, a medida que el sol jugueteaba con la línea que daba por finalizado el día, entonces ponía su mano sobre él porque le daba miedo que se saliera del cuerpo y siguiera la senda del astro, aunque también creía que si alguna vez dejaba de latir lo hiciera así, escondiéndose con él detrás de las aguas oceánicas, derramando el color rojo de su sangre en el cielo mezclándolo con los carmines del atardecer.

Sí, sería la mejor forma de dejar de respirar, pensaba mientras sus ojos se humedecían por la brisa del atardecer, el abandono de la luz y la nostalgia.

Ya casi en penumbras el bote retornaba a la playa, desde lejos comenzaban a dibujarse los visitantes que esperaban el retorno de sus amigos o familias del último

paseo en lancha por la bahía, que era la mayor y más esperada experiencia de los veraneantes.

A la dama del abanico nadie la esperaba, sin embargo, no pasaba desapercibida por ninguno de los presentes. Era la última en bajarse de la barcaza, los hombres que ayudaban a descender a la gente le daban tiempo para que acomodara su vestido y su sombrero, cuando ella les pasaba su mano la sostenían con una delicadeza poco común en su trato, hasta que posaba sus zapatos blancos sobre la arena seca, sin una mala palabra y con una reverencia le decían adiós y ella les respondía con su sonrisa luminosa, acostumbrada a evadir las miradas curiosas y los murmullos de la gente, continuando con su viaje hasta que se confundía con la sombra de la noche.

Es la loca del abanico decían algunos que la seguían con la mirada a otros que se sentían intrigados por su misteriosa existencia.

Dicen que se puso así después que un novio la dejó abandonada frente al altar comentaban entre tristes y sarcásticas las mujeres que la veían inmóvil como una estatua.

No habla con nadie, pero tampoco hace daño a nadie cuchicheaban.

Ella era una mujer feliz, hasta que una vez entraron unos maleantes a su casa, mataron a su madre y abusaron de ella aseguraban trágicamente las vecinas más viejas.

La verdad es que nadie sabía a ciencia cierta quién era, cómo se llamaba o cuál era su historia. Sólo sabían que a veces aparecía por las calles del pueblo, camino a la

costanera a plena luz del día o al atardecer, vestida como una princesa sacada de un cuento de hadas, dejando a su paso un aire antiguo, una belleza gastada, un sabor a melancolía y un cúmulo de historias que sus ojos verdes guardaban celosamente.

La dama de la sombrilla desaparecía de la escena mundana, tan sigilosamente como llegaba, se perdía en alguna de las callejuelas que daban al mar y todo volvía a su curso normal, aunque para aquellos que percibieron su presencia ya nada sería lo mismo, quedaban con la sensación de haberse perdido con ella y esperaban en algún momento volverla a encontrar, quizás para descubrir algún detalle que les hablara de su vida o para sentir nuevamente el aroma a violetas que dejaba a su paso.

Ella, después de sus andares abría la puerta de su casa, sólo entonces sentía que ya le dolían las piernas, volvía a la penumbra de su rostro cansado, tocaba las primeras arrugas que rodeaban sus ojos mientras sacaba el maquillaje de su rostro, doblaba nuevamente con prolijidad acostumbrada sus vestimentas y las depositaba en las cajas donde las guardaba hasta una próxima salida, limpiaba sus zapatos blancos y los guardaba como un tesoro, colgaba la cartera que había sido de su madre y al final se quitaba el sombrero porque no le gustaba ver que su pelo se estaba volviendo blanco.

Finalmente se miraba desnuda en el espejo y así frente a ella, rociada del aire salino del mar, cubierta de verdes y azules, empapada de sol y atardeceres se disponía como una amante silenciosa a esperar lo más profundo de la noche.